

Investigadores fundadores



MARGARITA ALMADA DE ASCENCIO
Investigadora fundadora del CUIB

¿Cómo surge su gusto por la Bibliotecología?

Mi gusto por la Bibliotecología surge desde que era estudiante en una primaria bilingüe que contaba con una buena biblioteca escolar. Me gustaba leer en la biblioteca y pedir libros en préstamo para leer en casa. La bibliotecaria era una persona muy amable y como yo era una usuaria frecuente, me permitía ayudarle en algunas tareas sencillas, hasta el punto de que llegué a asistir a los lectores más pequeños. En una ocasión la bibliotecaria se enfermó durante un mes, y al no contar la escuela con una bibliotecaria suplente, me permitieron “encargarme” del servicio al público en mis horas libres y en el recreo. Esa experiencia de unas cuantas semanas, cuando tenía unos 12 años me dio una gran satisfacción. Posteriormente, durante unas vacaciones colaboré en hacer el inventario de la biblioteca y seguí ayudando en los servicios al público durante el recreo. En mi casa mi papá tenía una buena biblioteca y siempre estaba comprando libros. Los domingos en la mañana, alrededor de la mesa familiar del desayuno, conversábamos mucho y me encantaba hacerle preguntas a mi papá, porque me daba siempre una breve respuesta, pero después lo divertido era ir a la biblioteca en casa y con su ayuda buscar la o las respuestas a mi curiosidad, dudas e inquietudes. Fue por aquella época de mi vida que mi padre me dijo una frase de Samuel Johnson, filólogo y escritor inglés del siglo XVIII, que más o menos expresa que hay dos tipos de información, aquella que tenemos grabada en nuestra mente y aquella que sabemos dónde encontrarla... Sin duda esa frase me marcó para gran parte de mi desarrollo

personal y profesional... eso de saber dónde encontrar o cómo buscar las respuestas a nuestras dudas.

Mi gusto por la lectura y mis horas gratas en la biblioteca de la escuela y de mi casa, me ayudaron a tomar la decisión, más adelante, de cursar la licenciatura en química en la Facultad de Química de la UNAM, habiendo obtenido la licenciatura como Química Farmacéutica Bióloga. En la biblioteca de la Facultad me familiaricé con el *Chemical Abstracts*, publicación periódica secundaria que resume los trabajos de miles de revistas especializadas en el campo de la química. Al terminar mis estudios, obtuve una beca del Banco de México para hacer mi tesis profesional en el Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas, A.C. institución que tenía una buena biblioteca tecnológica y cuyos becarios pasábamos el primer mes buscando información y tomando un curso de análisis documental. Ello me volvió a despertar el interés por la Bibliotecología y la Documentación. Además de revisar la bibliografía para el tema de mi tesis, me gustaba ayudar a mis compañeros en sus búsquedas de información.

Me dediqué por poco tiempo al laboratorio; posteriormente me casé y dejé de trabajar por unos años. Cuando volví a trabajar quise hacerlo como documentalista y mi primer puesto en este campo fue como ayudante de documentalista en la Biblioteca del Instituto Mexicano de Investigaciones Tecnológicas, donde había hecho mi trabajo para la tesis profesional.

Más adelante, a mediados de 1971, se fundó el CICH, Centro de Información Científica y Humanística en la UNAM por instrucciones del Rector, doctor Pablo González Casanova, y a propuesta del Coordinador de la Investigación Científica de entonces, doctor Guillermo Soberón. Fue designado como primer director del CICH el doctor Armando Sandoval y como subdirector, el químico Alfredo Büttenkemper, quienes me invitaron a trabajar en este nuevo proyecto, el CICH, como Jefa de Departamento encargada de formar la biblioteca y la sección de documentación, así como la sección de adquisición de publicaciones periódicas, para el sistema bibliotecario de la UNAM.

Además, tomé algunos cursos de documentación, de búsqueda de información especializada y de planeación de servicios y sistemas bi-

bliotecarios. Actualmente estoy por presentar mi tesis doctoral en Ciencia de la Información en Inglaterra.

Lo que empezó como una afición, un pasatiempo, terminó siendo mi verdadera profesión y a ella he dedicado más de treinta y cinco años. Estoy muy satisfecha de haberme dedicado a la ciencia bibliotecológica y de información, una disciplina en evolución constante y ahora con un papel primordial en la construcción y evolución de la Sociedad de la Información. No me cabe la menor duda de que los países que han sabido producir, organizar y distribuir mejor su información y que cuentan con mejores servicios y sistemas bibliotecarios son los que ahora son países desarrollados.

¿Cómo fue su incorporación al CUIB?

Siendo Directora General de Bibliotecas en el período 1977–1981, vimos la necesidad de investigar para fortalecer el sistema bibliotecario de nuestra universidad. Invité a Adolfo Rodríguez Gallardo a integrar una Coordinación de Superación Académica en la DGB. En ella se organizaron varios cursos, un curso de especialización y un seminario. Adolfo Rodríguez Gallardo me expresó su inquietud por desarrollar investigación en Bibliotecología, al igual que otros colegas bibliotecólogos, y fue diseñando un proyecto para posteriormente presentarlo a la Coordinación de Humanidades, para la creación de un centro de investigación en Bibliotecología que culminó en la creación del CUIB. Los primeros miembros del CUIB procedíamos principalmente del personal académico que laborábamos en la DGB. Convencer a los directores miembros del Consejo Técnico de Humanidades fue una tarea muy ardua a la que se enfrentó Adolfo Rodríguez principalmente y otros colegas. En varias ocasiones conversé con el doctor Fernando Pérez Correa, entonces Coordinador de Humanidades, sobre la importancia de apoyar el proyecto que coordinaba y presentaba Adolfo Rodríguez Gallardo para la creación del centro de investigación en Bibliotecología. Afortunadamente escuchó las diversas voces que coincidían en la importancia de crear dicho centro y, poco a poco, se convencieron un número suficiente de miembros del Consejo Técnico para que finalmente se aprobara la creación del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, nuestro querido CUIB. Y digo

“nuestro”, porque estoy convencida que a través de los años, todos los que laboramos en él lo sentimos como muy nuestro, así como sentimos a la UNAM como “nuestra Universidad”.

A pesar de ser miembro fundadora del CUIB, no empecé inmediatamente a trabajar en la sede del CUIB, ya que estaba cumpliendo con una comisión como Directora del Programa Universitario Justo Sierra y posteriormente, de 1985 a 1993, como Directora del Centro de Información Científica y Humanística, por lo que, a pesar de tener el nombramiento de investigadora en el CUIB y cumpliendo con mis compromisos de investigación, seguía laborando principalmente en mi función académico administrativa. Al término de mi segunda gestión al frente del CICH y después de un período de dos años sabáticos consecutivos, me incorporé de tiempo completo al CUIB, a partir de 1996.

¿Qué significó para usted incorporarse al CUIB?

Significó un gusto y un placer enormes; desde su fundación quería dedicarme por completo a la investigación; sin embargo también estaba interesada en cumplir con los cargos directivos que desempeñé, por lo que, hasta mediados de 1996 me incorporé de tiempo completo al CUIB. Era y sigue siendo para mí un reto dedicarme de lleno al análisis, la reflexión crítica, el debate y la producción de trabajos originales. Probablemente por mi experiencia académico-administrativa, tenía la visión estratégica y la experiencia en gestión, análisis, diseño e implantación de servicios de información, pero al principio sentí que me faltaba oficio para la investigación científica. Este reto que me propuse me ha dado grandes satisfacciones y cada día busco superarme como investigadora y como docente y aportar al conocimiento en mi línea de investigación.

¿Cuáles eran sus expectativas al incorporarse al CUIB?

Intercambiar experiencias y reflexiones con mis colegas investigadores, aportar con mi esfuerzo al crecimiento del CUIB, obtener mi doctorado (que no había cursado durante los veintidós años que colaboré en la UNAM con funciones académico administrativas, dieciséis de los cuales fui directora en tres dependencias distintas), for-

marme como investigadora aprovechando los seminarios y cursos que ofrece el CUIB y aportar al conocimiento en la ciencia bibliotecológica y de información. Cabe decir que mis expectativas han sido ampliamente cumplidas. Me gusta la calidez y la calidad que se encuentra en el CUIB. Me gusta el ambiente amable y riguroso a la vez del CUIB; me gustan los retos académicos y considero que los diversos eventos académicos son de mucha calidad.

¿Recuerda cómo eran los primeros años del CUIB en San Ildefonso?

Sí, porque aunque mis funciones como directora en otra sub-dependencia no me permitían estar de tiempo completo en el CUIB, la primera sede de dicho Centro se ubicó en el edificio de San Ildefonso, donde se encontraba también el Programa Universitario Justo Sierra bajo mi dirección, por lo que éramos vecinos en la misma sede y con múltiples oportunidades de mantener el contacto continuo con mis colegas.

Los primeros años fueron difíciles ya que no se tenía la infraestructura necesaria, se inició desde cero y además, la mayor parte del personal académico no contaba con doctorado, es más, muchos sólo teníamos una licenciatura. Era necesario sentar las bases del proyecto para formar al personal académico del CUIB. Merecen una especial felicitación los primeros académicos del CUIB y los primeros directores, quienes tuvieron el empeño de formarse como investigadores y poco a poco integrar un verdadero claustro de investigación, a pesar de las primeras carencias en las que la infraestructura era insuficiente. El trabajo en grupo y la continuidad que le han dado al esfuerzo inicial los directores subsecuentes y el personal académico que ha ingresado, así como los programas e innovaciones constantes le han permitido al CUIB alcanzar las metas que se ha propuesto y establecerse como un centro de investigación de alta calidad, reconocido en el país e internacionalmente.

Una vez incorporada al CUIB, ¿qué línea de investigación, temática o proyecto desarrolló?

Desde que me inicié en la investigación, antes de la creación del CUIB, me dediqué al estudio de las políticas de información, enfocándome en dos vertientes principales: los servicios bibliotecarios y de información y la producción y productividad científica; en este último inicié con otros colegas los primeros estudios cuantitativos en la UNAM. Desde mi ingreso al CUIB me he enfocado a las políticas de información en el sector educativo. Actualmente estoy adscrita al área de Información y Sociedad, dentro de la línea de Políticas de Información y Legislación.

¿Cuáles eran, en ese momento los principales problemas de infraestructura para llevar a cabo su investigación?

En los inicios del CUIB había que construir toda la infraestructura y cabe recordar que los inicios del CUIB coinciden con los drásticos cambios en la manera de transferir la información con la aplicación de tecnologías de información, y con los inicios de la convergencia de tecnologías de información y comunicación. Los directivos y el personal académico se enfrentaban a grandes retos: convencer al Consejo de Humanidades y otros pares en la UNAM de la importancia de la investigación bibliotecológica y de información en el concierto de la investigación en el país y en el mundo; convencer a las autoridades de la importancia del uso de tecnologías de información y comunicación avanzadas e innovadoras en este campo de investigación; obtener los recursos para contar con la infraestructura necesaria para los servicios de apoyo creando los departamentos de biblioteca, cómputo y publicaciones adecuados y necesarios para el desarrollo de investigación de calidad. Asimismo había que encontrar alternativas que facilitaran la “profesionalización” de la investigación. Esta tarea nada fácil la ha ido consolidando el CUIB a lo largo de su historia, asunto nada fácil por la dinámica evolución del tipo de infraestructura que requiere la investigación en este campo.

Dado el empeño decisivo de los directivos del CUIB y del personal, se ha logrado consolidar la infraestructura y los investigadores contamos con apoyo satisfactorio para el desarrollo de nuestro trabajo.

¿Cómo era el trabajo colegiado y de formación de los investigadores en los primeros años del CUIB?

Era entusiasta pero muy difícil, ya que, a diferencia de otras disciplinas ya consolidadas desde varios siglos atrás, debíamos demostrar la validez e importancia de nuestra disciplina en el campo de la investigación científica, humanística y social. Hacia mediados del siglo XX se integró la Bibliotecología, la Documentación y los Estudios de Información como disciplinas de investigación, y su crecimiento y evolución, difícil y lento al principio, ya que surgían principalmente de estudios empíricos, importando su base teórica de otras disciplinas. En las últimas décadas su evolución ha sido sumamente dinámica, con una fundamentación teórica propia, además de sus características para conducir el trabajo interdisciplinario. En la actualidad juegan un papel primordial en el desarrollo de la Sociedad de la Información y del Conocimiento, con un importante impacto en todos los sectores sociales y campos del conocimiento.

Hubo que integrar a los investigadores como un grupo académico. Desde sus inicios, el CUIB buscó la formación e integración de la planta de investigación, por lo que se organizó el primer coloquio de investigación, mismo que ha continuado anualmente sin interrupción, así como seminarios y cursos para estimular la comunicación entre los investigadores y el análisis crítico. Se diseñaron esquemas para promover que los investigadores obtuvieran sus doctorados, así como programas de intercambio académico que propiciaran el avance del conocimiento. El camino no ha sido fácil, sin embargo el CUIB ha mantenido una ruta ascendente con proyectos que han fructificado en el reconocimiento internacional indiscutible que ha alcanzado, especialmente en la región iberoamericana, y también más allá de las fronteras de nuestro idioma.

¿Cuáles eran sus proyectos de investigación, y cuál considera que fue su impacto?

Mis proyectos de investigación han sido en la línea de las políticas de información en distintos sectores: bibliotecológico, científico y educativo. He intentado profundizar en la importancia de desarrollar la conceptualización y marco teórico del estudio sobre políticas de in-

formación, enfocado a su aplicación y resultados en México y América Latina. Considero que su impacto, aunque ciertamente modesto, ha buscado por un lado, contribuir a la integración y evolución de los servicios y sistemas de información y por otro, a estrechar el puente entre la ciencia bibliotecológica y la ciencia de la información para consolidar su integración en nuestro país.

¿De qué manera relacionó la investigación con la docencia?

Inicié mi actividad docente desde 1972, ofreciendo cursos de actualización y educación continua en el Centro de Información Científica y Humanística de la UNAM; posteriormente, en 1975 impartí cursos en la Maestría en Bibliotecología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde diseñé e impartí el primer seminario en información científica que se ofreció en dicho curso de posgrado. En los años recientes imparto mis clases en el Colegio de Bibliotecología en la licenciatura.

He relacionado la docencia con la investigación ofreciendo cursos vinculados con mi campo de investigación e intentando desarrollar en los alumnos el gusto por el análisis crítico y despertar su interés en la investigación para mejorar su desempeño en la vertiente profesional de su elección, o bien interesarlos en la investigación.

¿Fue una labor sencilla, vincular ambas actividades?

No ha sido sencillo. Una manera importante de vincular la investigación con la docencia es con alumnos tesis y de servicio social. En mi caso particular, he contado con pocos tesis, dado que hasta el año pasado se incorporó por primera vez, en el nivel de licenciatura, la materia de políticas de información y espero que con ello se entusiasmen los alumnos para incursionar en esta línea de investigación y de aplicación profesional.

Tanto la docencia como la investigación son actividades naturales de la academia y deben vincularse estrechamente; sin embargo no es fácil, cada una requiere dedicación y toma tiempo y tiene sus formas y sus metodologías características. No es fácil conciliarlos; sin embargo es indispensable hacerlo y, poco a poco, con estudio, empeño y disciplina se logra. Es necesario separar claramente lo que es un

alumno y lo que es un ayudante de investigación. Hay que preparar claramente y a conciencia los programas para el aprendizaje e intentar comunicar información, transferir conocimiento y experiencia y dejar que el alumno reflexione y se apropie de la información para construir su propio conocimiento y experiencia que le permitan desarrollar sus talentos y, de acuerdo a sus intereses, iniciarlo en el ámbito de la investigación o de aplicación. Es una tarea compleja, pero sumamente gratificante.

¿Qué asignaturas eran las que impartía?

Antes de ingresar al CUIB impartí el Seminario de Información Científica y Humanística, posteriormente el Seminario de Información Científica y después un Seminario de Investigación Bibliotecológica. Después de ingresar al CUIB impartí en la licenciatura, en el Plan de Estudios anterior, la materia de Planeamiento de Servicios Bibliotecarios, I y II, y actualmente imparto Temas selectos de Bibliotecología: Introducción a las Políticas de Información.

¿Cuáles considera las más significativas?

Uno se encariña con las materias que imparte. Siento que cada una ha tenido su significado en la formación de los alumnos. Los seminarios de información, en la maestría, fueron novedosos en la década de los setenta ya que apenas se iniciaba la transformación de los servicios de información debido al inicio, incipiente de la aplicación de tecnologías de información y de cómputo en las bibliotecas. Creo que fueron significativas para mis alumnos ya que influyeron en su desempeño e intereses profesionales y varios de ellos son o han sido directores o jefes de bibliotecas; una fue coordinadora del Colegio de Bibliotecología y alguno ingresó como investigador en el CUIB. En cuanto a la docencia que he impartido desde mi incorporación de tiempo completo al CUIB, espero que en un futuro cercano tenga una repercusión suficiente en los alumnos para incorporarse al campo de investigación de las políticas de información y ampliar los horizontes de esta línea que considero significativa en el desarrollo de la sociedad de la información.

¿Qué temas de tesis trabajan sus alumnos?

Principalmente temas relacionados a: la planeación y gestión de servicios bibliotecarios, a la organización de centros de información, a la historia de las bibliotecas desde un enfoque de política social y a las políticas de información en diversos sectores e instituciones.

¿De qué manera repercutió su experiencia en el CUIB en su vida académica?

Ha repercutido en inculcarme un rigor académico, en mi evolución como investigadora y en la auto disciplina indispensable en una carrera académica. Me ha formado como investigadora y me ha apoyado en mis proyectos de investigación. He enriquecido mis conocimientos y mi visión de la disciplina con el intercambio de ideas en los seminarios con mis colegas y he comprendido mejor el proceso de investigación.

¿Cuáles considera sus logros o aportaciones más significativas al CUIB?

El desarrollo de la línea de investigación en políticas de información y, en cierta medida, el trabajo interdisciplinario en la ciencia bibliotecológica y de información.

¿Cuáles considera que son los retos más importantes para el CUIB en los próximos años?

Considero que el CUIB se ha ido consolidando como un centro de investigación de calidad y productivo y ha logrado un justo reconocimiento internacional, especialmente en los países iberoamericanos. Sin embargo, como todo centro de investigación siempre debe enfrentar retos y ponerse nuevas metas de superación. Entre los retos más importantes que observo está el obtener reconocimiento no solamente entre sus pares, sino también en otros campos de investigación, dado que su tema central –la información– desde las perspectivas de su adquisición, organización y transferencia, acceso y recuperación, tiene importancia en todos los sectores de la sociedad. Asimismo, tiene como retos, ampliar y profundizar los conocimientos teóricos sobre la disciplina; obtener los recursos para ampliar su

planta de investigación incorporando a más jóvenes con doctorado, lo que a su vez podrá fortalecer las líneas de investigación; impulsar la apertura de otras líneas de investigación o ramificar las existentes. De esta manera contribuirá plenamente a que se cierre la brecha digital y se propicie el acceso a la información, educación y empleo para una mejor convivencia de toda la sociedad. Debe empeñarse en que ingresen jóvenes a la investigación, tanto egresados del Posgrado en Bibliotecología e Información, como de otras disciplinas afines y que se interesen en desarrollar posdoctorados. Debe fortalecerse aún más tanto el desarrollo de la investigación individual como la investigación colectiva y la interdisciplina y, por supuesto, contar con los recursos, infraestructura e infoestructura adecuadas para alcanzar todas las metas que se proponga.



MARTHA AÑORVE GUILLÉN
Investigadora fundadora del CUIB

¿Cómo surge su interés por la Bibliotecología?

Bueno, esa es una pregunta muy interesante. El recuerdo más claro que tengo acerca de interesarme por este mundo es del tiempo en que estudiaba la licenciatura en Pedagogía, cuando tomo la materia de Métodos de Investigación, y vemos, con el maestro José Luis Becerra, lo que existía en ese momento en cuanto a vocabularios controlados para el área de Pedagogía, de educación, y por otra parte también nos muestra lo que se usaba entonces en España en algunos centros de documentación en educación, las tablas de clasificación de CDU –la adaptación que se hace en Europa de la clasificación de Dewey– es cuando realmente empiezo a consultar bibliotecas, y me empieza a interesar muchísimo esto que el maestro nos impulsaba a hacer, investigación en bibliotecas. Así inicia en realidad mi relación con el mundo de las bibliotecas y me cuestiono sobre el quehacer de la disciplina que se ocupa de ellas. Esto, repito, se da cuando veo todo el tema de los descriptores, el de la clasificación. Por otro lado, en esos tiempos también estuve asistiendo a un servicio que tenía el CONACyT para la búsqueda de información, precisamente por causa de la materia que tomaba, y es así como este mundo me va interesando. El servicio creo que se denominaba SECOBI.

¿Qué relación encuentra entre la Pedagogía y la Bibliotecología?

Considero que la Pedagogía puede relacionarse con la enseñanza de cualquier ciencia que tiene esa particularidad y la Bibliotecología también. O sea, la primera nos lleva a cómo enseñar cualquier disciplina, y cuando entro en este mundo, esto es, en el de Bibliotecolo-

gía, empiezo a impartir materias que se llevaban en el plan de estudios, es decir, aquellas de corte pedagógico. Para ello tengo que ocuparme de indagar sobre las que se impartían en el propio plan de estudios de Bibliotecología. Empiezo a pensar en los métodos didácticos, en las técnicas didácticas más idóneas para enseñar estas materias, porque empiezo a impartir desde Psicología de la Educación hasta Didáctica. Porque mi especialidad en Pedagogía fue precisamente la Didáctica, o sea, siempre estuve inquieta, desde niña, por cómo transmitir de la mejor forma el conocimiento, y entonces pues este asunto me formó, es decir, haber estudiado Pedagogía, y luego ser docente en Bibliotecología; para mí esta ha sido la combinación perfecta. Lo mismo hubiera sido con cualquier otra área del conocimiento, pero sucedió que esta última también me interesaba. Por otro lado, no concibo cómo investigar en Pedagogía sin el uso del material documental, sin la visita a una buena biblioteca, a un buen centro de documentación para informarme a la perfección sobre el tema que me interesa, y es así que para mí estas son dos disciplinas que encuentro estrechamente relacionadas con cualquier otra. Cualquier disciplina necesita ser transmitida, aprendida, impartida, y allí la Pedagogía es importante. Ahora, también necesita ser estudiada por los muchachos, ser investigada, conocida más allá de los contenidos propios de la cátedra, y allí está la Bibliotecología. En mi caso considero que fue así como fui cayendo en dos disciplinas que son, desde mi punto de vista, compatibles con cualquier campo del conocimiento, y por otra parte las he encontrado compatibles entre sí. La Pedagogía me llevó al interés por la Bibliotecología, y la docencia en Bibliotecología me llevó a interesarme aún más por aquella: qué se enseñaba, cómo se enseñaba. Todo ello porque tenía que trabajar con mis alumnos de Bibliotecología, enseñarles cómo formular un buen plan, un programa de enseñanza-aprendizaje; pensar en los mejores métodos, las técnicas más idóneas, en cuidar la lógica, la congruencia interna y externa, enseñarlos a preguntarse y redactar el objetivo final de cada materia; a preguntarse y redactar los objetivos de cada unidad, a entender que esto no es igual a la suma de las partes. A cómo trabajar en el desarrollo no sólo de conocimientos, sino

también de habilidades, aptitudes y actitudes que debe tener un bibliotecólogo. Esto ha sido para mí verdaderamente importante.

¿En qué año se incorporó al CUIB?

Con su nacimiento. Llegué por voluntad propia. Cuando yo trabajaba para la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM –y bueno, ahí empecé a trabajar con el doctor Adolfo Rodríguez– gané un concurso, una plaza que se abrió para técnico académico en relación con Educación Continua en Bibliotecología. Déjame contarte cómo me decido por estudiar Bibliotecología: cuando terminé la carrera de Pedagogía quizá no había tanta necesidad económica de que trabajara, aunque también lo deseaba, y por eso laboraba esporádicamente en cursos en la Normal Superior, y en el Seguro Social fundamentalmente; trabajaba esa didáctica nueva que estaba en boga, a la que hoy le podemos hacer muchas críticas pero que tiene mucho de rescatable: todo lo de objetivos, cómo alcanzar objetivos de tipo cognoscitivo, afectivo, psicomotor y todo ese mundo. En esas circunstancias de falta de un trabajo fijo, vino a mi mente esa semillita que se me había sembrado con el maestro José Luis Becerra, mi profesor de Métodos de Investigación en Pedagogía, quien me había despertado este interés por la investigación y las bibliotecas. Entonces platico con una colega, que es antes que nada una prima querida, Aurelia Orozco, quien para entonces, aun siendo maestra normalista, ya se había decidido por la Bibliotecología, y se encontraba instalada en ese campo laboral. Yo le comenté: “Fíjate que quiero hacer una maestría. Estoy entre Psicología, que es un campo muy cercano, muy ligado a la Pedagogía” –en la carrera había visto algunas cuestiones al respecto que me fascinaron, toda la introducción del pensamiento psicoanalítico aplicado a problemas de la educación, que introducían en el Colegio de Pedagogía aquellos hombres y mujeres que llegaban de Argentina–; “entonces”, le expliqué a Aure, “este es uno de mis puntos de interés”. El otro era eso que yo no sabía exactamente cómo se llamaba, pero que tenía que ver con las búsquedas en las bibliotecas, cuestiones que aprendí en Métodos de Investigación, y estaba relacionado con la búsqueda y uso de fuentes para la docencia y la investigación. En fin, todo ello era para mí importante, y me gustaba mucho el cam-

po de la investigación. Le comenté que curiosamente al hacer mi servicio social había trabajado en un programa que se llamó “Traducciones pedagógicas”, y que me tocó hacer resúmenes de artículos de revista relacionados con la investigación pedagógica. A pesar de ello le dije a Aure: “Estoy muy interesada en todo esto, pero no sé qué hacer”. Ella me contesta: “Pues si te gusta la Psicología, y por otra parte, también tienes mucho interés por la Bibliotecología...” Entonces reflexiono: “Pues sí, me parece que en ambas cosas estaría yo muy contenta de complementar mi formación primera”. Como ves, a partir de mi propia carrera descubrí conexiones posibles para enfrentar, en un futuro de mi vida, un panorama mucho más acabado que la simple Pedagogía; no porque sea simple, sino que busco dónde aplicarla, así fue como me interesé por este asunto. Aurelia, muy gentil, me trajo el plan de estudios de Bibliotecología; me decidí y le dije: “¡Sí, voy a hacer mi maestría en esto!” Para ese momento yo había metido mis papeles a Psicología, pero ya no volví, sencillamente decidí que el terreno de la Bibliotecología me interesaba muchísimo, así que me quedé y empecé con los cursos de prerrequisitos y todo lo demás que implicaba el ingreso a la maestría. Un buen día tuve que dejarla, obligada por una difícil coyuntura en mi vida, pero en ese momento –lo recuerdo tan bien– me enteré de un diplomado que hacía el CICH. Ese diplomado, que se llamaba algo así como “Información en Ciencias Sociales y Humanidades”, fue para mí algo fabuloso. Cuando leo la difusión me digo: “Vaya, justo lo que quiero; o sea, ver fuentes para suministrar información a los interesados en las Ciencias Sociales y las Humanidades, o para mí misma, que soy de estos campos”. En esa época la directora de mi tesis de licenciatura, la doctora Blanca Jiménez Lozano, acababa de tomar posesión como Directora del Instituto Nacional de Investigación Educativa, que dicho sea de paso es para mí como el antecedente de la Universidad Pedagógica, digo esto porque de esa institución se fue muchísima gente cuando se funda esta última. Yo estaba feliz de que la doctora Blanca estuviese dirigiendo el INIE. Había sido Directora del CREFAL, otra área que también me había encantado, la educación de adultos. Es por ese interés que hago mi tesis de licenciatura en alfabetización de adultos. Entonces, cuando me entero de que estaba ahí, fui a verla.

Me interesó que estuviera problematizando el tema de la educación en México. En la entrevista que sostuvimos le comento que ya había empezado una maestría en Bibliotecología. “¿Cómo?”, me dice; “Sí”, le contesto, “pero tuve que dejarla; me acabo de inscribir en un curso que da el CICH sobre Información para las Ciencias Sociales y las Humanidades”, y le explico que me gustaría trabajar en el centro de documentación que ella está creando. Bueno, por lo pronto me insertó en una –¡fíjate, los caminos!– investigación colectiva que estaban realizando y que se llamaba “La biblioteca en la vida de la escuela primaria”; iyo estaba buscando algo así! En este proyecto había que revisar qué tenían las escuelas primarias oficiales en materia de colecciones, de biblioteca circulante, de biblioteca para los profesores, y ella me insertó en eso. Más tarde me brindó la oportunidad de trabajar en el Centro de Documentación del INIE, haciendo síntesis de artículos pedagógicos para una base de datos. En paralelo sigo asistiendo al diplomado del CICH, dejo un tiempo la maestría, pero estoy de alguna forma como quería: entre la Pedagogía y la Bibliotecología, más bien inclinándome cada vez más hacia esta última.

¿Cómo todo eso la llevó hacia el CUIB?

Bueno, no al CUIB. El CUIB no existía. Entre las materias que tomé, cursé una en el diplomado llamada Sistemas de Clasificación. Ese curso era impartido por Estela Morales. En él se tocaban, como su título indicaba, los Sistemas de Clasificación de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, el Decimal de Dewey, el CDU y otros. Yo había visto el CDU –el Dewey adaptado en Europa– y sobre todo las tablas que tenían que ver con lo pedagógico. Cuando se reparten los temas del curso, le digo a la maestra Morales –en ese tiempo creo todavía era licenciada–, a quien yo no conocía: “Oiga, quiero investigar sobre el Sistema Decimal de Dewey”, y me responde: “¿Y por qué tiene usted ese interés?” Pues ya le cuento lo que había pasado con mi profesor José Luis Becerra, que yo había conocido el CDU con él y que sabía que éste se había inspirado en la clasificación de Dewey, pero que se creó más bien para los centros de documentación. Un día me dice la doctora Morales que le había gustado mi trabajo, y me pregunta por la profesión que yo tenía. Le comento que soy pedago-

ga pero que empecé a estudiar mi maestría en Bibliotecología, y me pregunta: “¿Por qué no la terminó?” Le contesto que tuve una serie de problemas, pero que de cualquier manera estoy cursando este diplomado. Añade: “¿Y dónde trabaja?” Y ya le comenté que estaba en el Instituto de Investigaciones Educativas de la SEP. Entonces me señala: “¿No ha visto una plaza que se abrió en DGB?”, y le digo que no. Me sugiere revisar la *Gaceta* de la UNAM, y cuando veo el perfil de la plaza encuentro que buscan una persona para trabajar en el Programa de Educación Continua de la Dirección General de Bibliotecas. Cuando me di cuenta de eso, exclamé: “¡Perfecto! Eso está entre la Pedagogía y la Bibliotecología”. Esta última, disciplina que ya no me era tan ajena pues había cursado materias en la maestría, otras en el diplomado y cada día me gustaba más, y me dije: “¡Sí puedo concursar por esta plaza!” Pero antes de hacerlo busco a la doctora Blanca, es decir, la doctora Jiménez Lozano, para comunicarle que había la oportunidad de ir llenando el perfil de mi interés, o sea lo de la plaza que se abría a concurso en la UNAM. Le comenté que la verdad estaba muy contenta trabajando con ella, pero que creía que concursar por esa plaza me obligaría a volver a la maestría, que el perfil me encantaba y que consideraba llenarlo. La doctora Jiménez, siempre tan generosa y amorosa, me aconseja no perder esa oportunidad pues además el doctor Muñoz Ledo, entonces secretario de Educación Pública, dejaba dicha Secretaría y el Instituto Nacional de Investigación Educativa estaba por desaparecer. Fue así como me animé a concursar. Pero cuando supe que a ese concurso se presentaban bibliotecólogos, sentí que no iba a progresar ese asunto a mi favor. Así que platicué con un pedagogo, Javier Olmedo, Jefe del Departamento de Planeación Educativa en el INIE, y me comentó que también existía la posibilidad de emigrar a la Universidad Pedagógica. Finalmente salen los resultados del concurso y con ello tuve la oportunidad de elegir entre irme a la Pedagógica o quedarme en la Dirección General de Bibliotecas; decidí quedarme aquí, en la UNAM. Ello me permitió iniciarme bajo la guía del doctor Adolfo Rodríguez Gallardo en un trabajo muy interesante. Trabajaba en el Departamento de Educación Continua con otra compañera, originaria de Ciudad Victoria; ya murió, muy joven, precisamente en aquellos años. Era veterinaria,

pero había hecho una maestría en Bibliotecología en Denver, y no sé cómo hizo, pero llegó a la DGB. La percibí creativa, enamorada como yo de todo esto, de la Bibliotecología, y empezamos a hacer entrevistas con el personal de la propia Dirección de Bibliotecas, hablando con bibliotecarios, por ejemplo, de cómo y en qué les gustaría que se encauzara la educación continua. Unimos nuestra creatividad y conocimientos, y nos pusimos el reto de llevar al doctor Adolfo una propuesta de contenidos. Por ello estuvimos entrevistando así, cara a cara, a personas de Bibliotecología, y llegamos a la conclusión de que estaban pidiendo un diplomado, es decir, algo muy bien estructurado y pensado, en administración de bibliotecas; en administración y en planeación de servicios bibliotecarios. Yo me quedo con el reto de armar el diplomado en administración y ella el de planeación. Ello me llevaba a pensar en contenidos, en una organización lógica de los conocimientos, pero también tenía que pensar en los posibles profesores para este diplomado. El doctor Adolfo nos dijo que no lo arrancaríamos si no lográbamos una inscripción mínima de tantos, y pues ahí nos tienes, muy entusiasmadas peleándonos la clientela y los profesores, y al final logramos tanto inscripción como profesores, a pesar de que todos estaban muy ocupados como para dedicar tiempo a esto. En la búsqueda de profesores, por ejemplo, fui a la Facultad de Contaduría a hablar con su Director para pedirle que me recomendara a un buen profesor que nos diera una materia sobre teorías de la administración y ese tipo de cosas. Esto porque yo consideraba que necesitábamos especialistas de otras áreas que se aproximaran a través de las dinámicas de grupo a la nuestra y la vincularan con su materia. Pensaba que esto era posible porque todos los participantes eran profesionales de Bibliotecología. Por otro lado consideré que asimismo era necesario traer profesores que tuviera experiencia en administración de bibliotecas, de personal, de colecciones, de los servicios, y ahí nos tienes haciendo malabares invitando a los que, además de contar con los conocimientos y experiencia necesarios, simpatizaran con nuestras ideas. Eso fue lo interesante. Me sentía absolutamente motivada y comprometida con ese nuevo campo al que había llegado con tan buena fortuna, con tan buena estrella y con tantas ganas. Eso era tan así que yo misma que inscribí al Diplomado.

Me enamoré de lo que estábamos haciendo, consideraba que el diplomado era el equivalente a una especialidad, aunque eso no cabía dentro de las formalidades de la UNAM, pero aún así todo mundo se comprometió. Todo esto lo hicimos bajo la supervisión y guía del doctor Adolfo Rodríguez Gallardo; con él discutimos hacia dónde queríamos ir, que queríamos lograr el enfoque de los contenidos, en fin, todo. Por ello preparamos para los profesores hasta sugerencias de corte pedagógico, o sea, no nada más los invitábamos, sino que había una preplaneación que si bien no pretendía atarlos, sí decirles lo que para nosotros era importante. Siempre supe que mi formación pedagógica me ayudó a hacerlo y a contribuir con el trabajo de Martha Idalia, mi compañera del Departamento de Educación Continua. Bueno, pues en ese tiempo había también en DGB un Departamento de Investigación; ahí por ejemplo Mary Garza trabajaba con la Clasificación de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos; había pocas personas en actividades de investigación pero entré en relación con ellas precisamente por este tema de la educación continua: porque los iba a entrevistar para preguntar por dónde les gustaría prepararse, esto lo hacía incluso con profesionales de fuera. Y ahí empecé a darme cuenta de lo que era la investigación bibliotecológica. Les preguntaba qué investigaban, etcétera. Eran unas charlas muy amenas, platicábamos hasta de cuestiones de orden personal, de la disciplina, del trabajo que ellos desarrollaban, en fin. Siento como que había una cuestión de hermandad, de mucho interés, ¿no? Entonces me fui enterando de la lucha del doctor Adolfo por crear un centro de investigación por el que considero había toda una efervescencia. Era mi jefe inmediato pero él también trabajaba en el programa de posgrado, es decir, de la maestría en Bibliotecología, por eso también tuve oportunidad de trabajar en posibles enfoques para ésta. Me encomendó revisar planes y programas de Bibliotecología en el extranjero, básicamente en Estados Unidos. Así fue como lo apoyé en trabajos que eran para la maestría en Bibliotecología, y recuerdo que tenía en mente la posibilidad de una maestría general, también la opción de una maestría como por áreas de especialización. Considero que con esa inquietud estuvo conectada esta experiencia de “especializaciones” en educación continua para la DGB.

Ello porque, repito, el doctor Rodríguez trabajaba acá y en el posgrado, y entonces traía inquietudes de qué hacer, qué tipo de maestría ofrecer, por ejemplo, a quienes habían egresado de la licenciatura en Bibliotecología, alumnos que ya contaban con una serie de conocimientos en el área. También entiendo que se cuestionaba el tipo de maestría posible para los que venían de otras áreas. Así, mientras se abría lo que es el CUIB yo seguía en educación continua, que por cierto me gustaba mucho, pero mi meta estaba puesta en ser investigadora. Cuando el Centro era ya casi un hecho, solicité concursar por una plaza de investigación... Entonces como ves no fui exactamente invitada, pero sí aceptada para irme con ese grupo que iniciaba el CUIB.

En la investigación ya...

Sí. Y ahí también se abre para mí otra "Y"; me decido por la investigación, y no me arrepiento de haberlo hecho. Es así como me toca ser una de las personas fundadoras del Centro. De hecho asistí al acto donde el Rector da posesión al doctor Adolfo como Director. Y pues no sabes lo orgullosa que me sentía de vivir ese momento en que el Centro cobra vida al nombrar a su primer Director, después a su primera Secretaria Académica, la doctora Morales, y todo eso con instalaciones en un hermoso edificio colonial y ese tipo de cosas, y fíjate, era más cómodo quedarme acá en CU que irme allá a San Ildefonso. Pero para mí, la verdad, la verdad, era muy incitante trabajar en el ámbito de la investigación bibliotecológica, a pesar de todo lo que tenía que hacer: era un desfile llegar hasta allá, tomaba no sé cuántos metros, etcétera, porque no era fácil estacionarse allí; tú sabes, es el primer cuadro de la ciudad. El trabajo de inicio fue sumamente interesante; por obvias razones, de los directivos, pero también del personal. Era todo nuevo. ¡Entrar al mundo de la investigación no era cualquier cosa! Se nos convocaba a pensar, a formarnos más. Necesitábamos formación para la investigación; nos preguntábamos sobre el tipo que requeríamos. Así empieza a darse una serie de procesos en el Centro para formarnos en el terreno de la investigación. La metodología fue uno de los primeros aspectos, se contrató a Paula Tuchmann. Con ella vimos diseños cuasi experimentales, entrevistas, etcétera. Como parte de su

curso hacíamos pequeñas investigaciones para aplicar lo aprendido. Recuerdo que realizamos una en que la pregunta fue: “¿Qué leen las personas del primer cuadro de la ciudad?”; para ello salimos a hacer las entrevistas correspondientes. Trabajamos también diseños cuasi experimentales con grupos de control, etcétera. Queríamos ver qué tanto una variable estaba interviniendo en tal o cual comportamiento. Eran trabajos propiamente del curso, para poner en práctica todo eso que estábamos revisando. También como parte de nuestro programa de formación se organizaron algunas visitas a las bibliotecas del primer cuadro. Tuvimos la oportunidad de visitar la Biblioteca del Congreso, la Biblioteca Lerdo, varias bibliotecas muy interesantes y con valor histórico. Entonces considero justo haber elegido ese camino: estaba respondiendo a mis expectativas, a mi deseo de estudiar toda la vida también. En cuanto a mi primera investigación puedo decirte que ésta respondió a un interés del Centro: el doctor Adolfo me comentó que al CUIB le interesaría trabajar en revisar la situación de las bibliotecas universitarias, de universidades oficiales de la república mexicana.

¿Ese fue su primer proyecto de investigación?

Sí, ese fue. Creo que no tenía ni conciencia de en lo que me estaba metiendo. Bueno, entonces vinieron varios cuestionamientos: cómo íbamos a encauzar la investigación, con qué medios, qué productos proyectábamos alcanzar al respecto; desde un principio pensamos en un directorio de este tipo de bibliotecas.

¿Contaba con la estructura necesaria para llevar a cabo su investigación?

Pues la verdad es que sí, se fue dando todo. La doctora Morales, Secretaria Académica del Centro, consiguió fondos para el proyecto una vez que empezamos a tener ciertos productos. Algunos vinieron de la Subsecretaría de Educación Superior, que se encontraba trabajando en los programas para el apoyo a bibliotecas de universidades estatales. Para ello era buena la información que íbamos obteniendo en el proyecto que tenía en mis manos. Entonces la doctora Morales me invitó a ir a visitar al subsecretario para presentarle los avances de mi proyecto, sus productos. Por otra parte me comentó que lo escu-

chara para que yo tomase idea de lo que dicha Secretaría necesitaba y me sugería insertar esas necesidades como puntos por estudiar. Así sondeamos cuestiones, por ejemplo, de presupuesto, de presupuesto en colecciones. Es así como la maestra Morales lograba financiamiento; realmente no me preocupaba de ello, yo estaba ocupada en la elaboración de mi proyecto, en la definición de aquello que queríamos trabajar para discutirlo con los directivos del Centro. En esa época al menos, yo discutía esas cosas con ellos. Entonces, tuve que decidir cómo iba a obtener toda esa información que nos interesaba. Así, me decidí por seguir la regionalización de ANUIES, la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior. Eso me permitió contratar a un entrevistador para cada región; esto entre profesionales de la Bibliotecología bien relacionados, es decir, bibliotecarios relacionados con otros de esas zonas. Me había dado cuenta de que había como redes de bibliotecarios que se apoyaban, a veces más allá de la cuestión de la regionalización oficial. Para la capacitación de los entrevistadores elaboré un manual e impartí un curso; por estos medios me proponía transmitir a los entrevistadores los conocimientos, actitudes, en fin, este tipo de cosas, necesarias para un trabajo sistemático y más normalizado. Para mí esa experiencia fue bellísima; esperaba a mi tercera hija pero no me preocupaba, me movía con aquella panza por todo el CUIB, armando paquetes de cuestionarios porque estaba fascinada con lo que estaba haciendo.

¿Ya también tenía labor docente para ese entonces?

Sí, ya estaba dando clases acá en el Colegio. En 1981 empecé a dar clases en el Colegio de Bibliotecología gracias a la oportunidad que me brindó Georgina Madrid, entonces Coordinadora de éste.

¿Y cómo era el trabajo colegiado de formación de los investigadores en los primeros años del CUIB?

Pues ya te conté que en cuanto a nuestra preparación se organizaron cursos con diferentes corrientes metodológicas. En las reuniones colegiadas los investigadores sugerían a personas que trabajaban diferentes enfoques o escuelas de pensamiento en investigación para impartirnos cursos, conferencias, etcétera. Había desde entonces tra-

bajo colegiado, teníamos un día en que revisábamos en grupo el proyecto de investigación, los avances, los problemas que enfrentaba cada uno de nosotros. Así que temblábamos, porque como comprenderás, todos éramos tan jóvenes y tan claros, tan directos para decir lo que pensábamos, que a veces generábamos inseguridad en aquel que presentaba su proyecto, sus avances. Pero también sabíamos que esos seminarios eran toda una esperanza para poder salir de un problema al que estábamos dando vueltas y vueltas sin encontrar a veces en soledad la solución. Las aportaciones que uno recogía permitían ver mejor tu problema aunque a veces salieras conflictuado y confuso del seminario, pero pasando los días creo que entendíamos el valor de las aportaciones que considerábamos útiles y relevantes. Este fue un camino interesantísimo a la vez que tortuoso; ahora creo que todos aquellos que lo “sufrimos” podríamos reír de nuestras formas pero finalmente la intención era buscar una verdadera formación: los seminarios te motivaban a preparar tu exposición, a organizar lo que avanzábamos, nos tocaba a todos obligatoriamente, y pues esto tenía algunas ventajas: todos nos enterábamos, como a la fecha lo seguimos haciendo, de lo que en el CUIB se está investigando.

Oye, ¿fue este el enfoque de tu pregunta? ¿O te refieres, por ejemplo, al Consejo Interno? Este órgano se formó muy temprano y en él participamos con gran entusiasmo.

¿Cómo relacionó la investigación con la docencia? ¿Fue una tarea sencilla en ese entonces?

No, no. En realidad tuve muy poca oportunidad de relacionar lo que hacía en el Centro, con las materias que impartí. Claro que la metodología la transmitía de alguna forma en las materias que impartía. Pero mi temática como tal nunca fue en la licenciatura objeto de una materia con ella relacionada, quiero decir, nunca impartí por ejemplo Bibliotecas Universitarias aunque existiera dicho curso. Sin embargo trataba de mezclar los caminos de la investigación con los del aprendizaje, pero recordaba lo que había visto en Pedagogía. Algunas corrientes de pensamiento sustentaban no enseñar en el aula por ese camino, a veces de ensayo y error, exploraciones, con que realizas la investigación. Otros aconsejaban ir por el exclusivo sendero de la im-

partición de “verdades”. Finalmente, en algunos casos acudía a aquellas que pugnaban por aprender investigando. No obstante, me debatía entre estas preocupaciones y opiniones ahora que ya contaba con herramientas de pedagogo y de investigador.

¿Entonces qué materias impartía?

Generalmente Didáctica de la Bibliotecología, donde los muchachos podían escoger los tópicos por impartir; más bien para diseñar. Para compartir mis posturas sobre bibliotecas universitarias procuraba que alguno de mis alumnos escogiera para el diseño de su programa dicha asignatura. Sólo entonces lo traía como tema de enseñanza-aprendizaje, como tema de formación. Esa fue la única forma que tuve para conectar este conocimiento; bueno, también buscaba ejemplos de servicios de bibliotecas universitarias en la materia de Psicología Educativa.

¿También era otra de las que impartía?

Sí, impartí Didáctica de la Bibliotecología y Psicología Educativa. También la materia de Práctica Docente. En esta última hacíamos simulacros de exposición con técnicas para trabajar contenidos de la Bibliotecología. Los alumnos desarrollaban en el espacio del aula temas del programa que había diseñado en el curso de Didáctica, tratábamos de que los chicos que impartían una clase buscaran cómo trabajar los contenidos, alcanzar objetivos, valoraran el aprendizaje, buscaran la mayor participación de los alumnos en su propio aprendizaje. Algunas veces los estudiantes tocaban temas relativos a bibliotecas universitarias, y esa fue otra forma de traer mi tema de investigación. Sin embargo, un buen día se presentó una oportunidad de impartir una materia para realizar investigación. Hacía falta en el Colegio un profesor de Metodología de la Investigación. Me lo propusieron por un semestre y acepté. Así fue como tuve la oportunidad de impartirla, me parece que fue finalmente por dos semestres. Esa fue para mí una gran oportunidad. Me pareció fascinante trabajar esto con alumnos, pues además de la teoría, para ese momento ya contaba con una experiencia concreta. Y cuando se tocaban los enfoques en que la tenía, sentía que transmitía no sólo un conocimiento, sino también

una vivencia. Entonces fue muy interesante esa oportunidad, la agradecí muchísimo. Obviamente, después regresó el profesor que daba la materia y que de manera gentil me había recomendado para suplirlo.

¿Qué temas de tesis trabajaban sus alumnos?

Fíjate que he tenido o me he dado poca oportunidad de dirigir tesis. Sin embargo considero que la mayor oportunidad que tuve en aquel momento de impartir la temática y la metodología que trabajaba, se dio en un curso de formación de entrevistadores, del que ya te hablé un poco. Fueron quince días activos, fuertes, me preparé, elaboré un buen programa para transmitir todo esto, y bueno, fue para mí algo precioso. La única oportunidad que tuve de dirigir una tesis se dio, de forma coyuntural, en Bibliotecas Universitarias. La persona que dirigía dicha tesis estaba un poco harta al no lograr que las dos chicas que supervisaba concretaran lo que querían hacer. Entonces me las envió y considero que mi experiencia en Metodología y en Bibliotecas Universitarias, puesto que la tesis se ocupaba de dichos temas, me sirvió para orientarlas y ayudarlas a dar sentido al material con el que ya contaban, y salió la tesis, aunque los créditos de dirección no fueron para mí; se trataba de una tesis ya registrada.

Actualmente me encuentro dirigiendo una tesis de licenciatura de corte histórico relativa a las publicaciones sobre procesos técnicos de una autora importante en el siglo XX. Esto se debe que mi última línea de investigación está conectada con lo que es Historia de la Bibliotecología. Por algún tiempo me dediqué al estudio de una bibliotecaria importante que además fue de las primeras egresadas de la primera Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros en México, fundada en 1916: Juana Manrique de Lara. Además del interés que despierta un personaje como este, el estudio es importante porque en general los bibliotecólogos sabemos poco acerca de lo que han hecho los bibliotecarios y que ha tenido de alguna manera un impacto nacional. Como ves, esta primera Escuela de Bibliotecarios, digo, de Bibliotecarios y Archiveros, formaba al bibliotecario para trabajar en estas dos disciplinas que tienen como objeto de estudio al documento, pero a dos tipos absolutamente distintos: uno que nace para ser leído, teniendo como producto, por ejemplo, un libro, un

artículo de revista que se escribe con el objeto de que sea publicado, en tanto que la Archivística tiene como objeto a ese documento (carta, oficio, memorando, etcétera) que nace por razones administrativas, de trámite, que no nace para ser publicado; aún ocasionalmente puede darse el caso, cuyos conjuntos forman expedientes; dichos expedientes, al perder su utilidad para trámites, se remiten a archivos de documentación inédita que con los años pueden ser útiles, entre otras cosas, para documentar un hecho. Considero que esta doble formación nunca debió perderse.

El estudio de Manrique de Lara de la Escuela en que se formó nos remitió al estudio de intelectuales del carrancismo que trabajaban en favor de las bibliotecas. Todo mundo habla del periodo de Vasconcelos, pero poco se reconoce lo que se hace en plena Revolución con Carranza, toda vez que a ese movimiento que impulsa ante la usurpación de Victoriano Huerta se van incorporando también otras fuerzas revolucionarias que traen otras banderas sociales, no sólo las de orden político y constitucional sino principalmente aquellas relacionadas con la tenencia de la tierra y el planteamiento de la educación como instrumento de cambio social que entre otros aspectos contribuyera a formar un ciudadano conciente de sus derechos y obligaciones, de su identidad, de esa diversidad conectada en un punto común. En el terreno del impulso a las bibliotecas, a la lectura para toda la población, encontramos en aquel momento a un pensador importantísimo: el profesor Agustín Loera y Chávez –recordemos que Carranza se hace de los profesores para que se unan a su movimiento, de los obreros también. Pero se unen los profesores, entre ellos Loera y Chávez, que era un hombre, si no mal recuerdo, conectado ya con el campo del libro. Este personaje se preocupa profundamente porque la lectura, las bibliotecas, permeen todas las capas de la sociedad. Ve a la biblioteca como apoyo a la educación –aunque a veces como escuela en sí misma– y a la producción económica tanto en el campo como en la ciudad, es decir, considera que mediante colecciones adecuadas, acordes, se puede ayudar a desarrollar el trabajo tanto del obrero como del campesino. Desde mi punto de vista el mayor logro de Loera y Chávez fue la fundación de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros, donde se formaron los primeros

bibliotecarios de este país. En ella se sembró la idea, entre los bibliotecarios que se formaban, de impulsar la apertura de bibliotecas que sirvieran al obrero, al campesino, a sus hijos. Se plantea también el problema de cómo lograr una población que lea, partiendo de impulsar esta conducta lectora desde la educación elemental.

¿Puede decirse que esas preocupaciones son las que guiaron sus temas de investigación?

No, yo los fui encontrando, porque me dije: “Bueno, todo mundo habla de Vasconcelos, de ese momento floreciente del libro y la biblioteca que impulsara un intelectual, y un intelectual político que funda la SEP, con esa ingerencia importantísima y su extraordinaria visión de interconectar educación, cultura y bibliotecas”. Sin dejar de ponderar esa magnífica concepción, me preguntaba sobre la influencia que pudieran haber tenido los bibliotecarios formados en el constitucionalismo, por ejemplo Juana Manrique de Lara, quien a pesar de ser una de las bibliotecarias de profesión que se integraron al movimiento bibliotecario vasconcelista, llegó a él no para ocupar un lugar destacado dentro del Departamento de Bibliotecas, sino para dirigir una de las tantas bibliotecas para el pueblo, es decir, de las populares. Entonces me dije: “¡Qué curioso!” Ahí me di cuenta de que habiendo sido formados estos bibliotecarios en el pensamiento constitucionalista que también había pugnado por bibliotecas para el pueblo que no se concretaron, pero que sí avanzó en formar los primeros profesionales para que las manejaran, pues era posible rastrear su contribución no sólo en el plano operativo sino también en el ideológico. Finalmente me decidí por Manrique de Lara porque ella había continuado en el desarrollo bibliotecario impulsado por Vasconcelos, y de hecho prosigue a lo largo de su vida en el Departamento de Bibliotecas de la SEP. Así que como tema y enfoque de mi tesis me propuse encontrar si Juana Manrique de Lara, como representante de ese primer grupo de bibliotecarios, había aportado ideas fundamentales tanto para la conformación del sistema de bibliotecas públicas como para la capacitación y formación de profesionales. Ahora estoy dirigiendo una tesis precisamente de una chica de licenciatura y que por tanto sus pretensiones no pueden ser las de una te-

sis de maestría o de doctorado, pero desde sus posibilidades está desempolvando a una autora importante, bibliotecaria, me refiero a la doctora María Teresa Chávez Campomanes, quien se incorpora al campo de la Bibliotecología con una formación inicial de normalista; esto lo hace en 1924, a finales de la época de Vasconcelos en la SEP. O sea, se incorpora al Departamento de Bibliotecas después de Juana Manrique, pero qué duda cabe que la doctora Chávez es otro importante pilar de la Bibliotecología en México. Por otro lado también empecé a dirigir, es más, elaboré junto con un chico de Historia que también es bibliotecólogo, su proyecto para la tesis de maestría en Historia para estudiar a un importantísimo bibliógrafo formador de los primeros bibliotecarios mexicanos, don Juan Bautista Iguíniz, quien por cierto fue profesor de Manrique de Lara; bueno, a este personaje se le ha estudiado sobre todo como bibliógrafo pero dada su preparación se le puede enfocar desde otros aspectos. Es por esto que en el planteamiento al que he hecho referencia el interés se centra en ubicarlo como formador de bibliotecarios. Entonces, por el conocimiento que tengo del personaje y mi formación en metodología, este chico me vino a pedir que le dirigiera su tesis y logramos concretar el enfoque desde el cual estudiáramos a Iguíniz y elaborar su proyecto, es decir, su fundamentación, su objetivo, su metodología, estructurar su tabla de contenido. Lo orienté sobre fuentes bibliográficas, hemerográficas y de archivos, sobre cómo manejar el ámbito contextual del autor para ubicarlo en el marco ideológico, histórico, etcétera. Desafortunadamente perdí la posibilidad de continuar con la dirección de esa tesis –cuyo proyecto trabajamos sentados por horas en este escritorio, y a pesar de haber sido aprobado en la maestría en Historia para trabajo recepcional– porque no soy historiadora. Esto ocurrió no obstante que algunas personas de Historia, como la investigadora de Bibliográficas a quien se le pidió dirigirla, reconocieran que yo era la persona idónea para hacerlo. Ahora, volviendo a ese matiz que tienen la Pedagogía y la Bibliotecología de involucrarse con otras disciplinas, te cuento que me encuentro dirigiendo un trabajo para obtener la licenciatura en Pedagogía que tuvo que ver con la experiencia de un egresado de ésta que trabajó apoyando en selec-

ción bibliográfica y en la elaboración de una antología para la formación de bibliotecarios indígenas.

¿Qué recuerda de la vida académica del CUIB?

Ha estado conectada, sobre todo en sus inicios, a algo que es fundamental: este compromiso de los investigadores con su Centro, y esta hermandad que se tejió, considero, a partir de esa misma idea, pues todos nos habíamos implicado o interesado en un objetivo común: demostrar que sí es necesaria la investigación bibliotecológica, que ésta es una disciplina en la que se debe investigar. Esto fue un problema en su momento; hasta nuestros propios compañeros de gremio, de formación, preguntaban: “¿Ustedes qué hacen?” ¡De manera que nuestra actividad fue cuestionada hasta por los pares más próximos! Considero que la vida académica del CUIB, si bien la guiaban los directivos, también la construíamos nosotros, los investigadores. Sugeríamos y decíamos: “Oigan, por qué no un curso de esto, por qué no hacemos lecturas y las discutimos, ¿sí?” Casi siempre, bueno, no casi siempre, más bien siempre contábamos con el apoyo de los directivos. Considero que esa vida fue bonita, la calificaría de intensa, diversa y a la vez profunda porque cada quien, dentro del campo en que se metía, pues trataba de escudriñar todo lo que podía, y diversa porque había una comunicación de esta diversidad, que se daba un día de la semana y se sigue dando. Entonces creo que nos movíamos en los dos niveles: por un lado nos apropiábamos de las propuestas de la Dirección, y por otro ellos se apropiaban de lo que proponíamos. Recuerdo sugerencias de compañeros en cuanto a buscar que tal o cual persona nos diera un curso, pláticas, etcétera. Entre nosotros nos consultábamos e íbamos con los más eruditos, por ejemplo Ramiro Lafuente: “Oye, Ramiro, ¿qué teóricos de la Bibliotecología me recomiendas leer?” Desde un principio investigadores de nuestro Centro encabezaron programas importantes, por ejemplo en bibliotecas públicas. Este programa durante el gobierno de Miguel de la Madrid tuvo a la cabeza a la doctora Ana María Magaloni, quien fue investigadora del Centro. Desde mi punto de vista esta tarea fue emprendida por ella con tintes de Vasconcelos: trató de llevar la biblioteca al lugar más pequeñito. Si no recuerdo mal, a aquellas

comunidades de treinta mil habitantes, o que contaban con secundaria. Buscó que éstas no se ubicaran sólo en las capitales.

¿Qué impacto han tenido sus investigaciones en el CUIB?

Pues pienso que lo han tenido un poquito más allá, es decir, en la sociedad, y te voy a decir por qué: el producto de la investigación en bibliotecas universitarias, el directorio, tuvo un éxito fuerte en su momento, muestra de ello fue su demanda y también las citas al directorio. El artículo que escribí sobre entrevistas sé que fue útil a profesores –en congresos recibí esos comentarios–, también ha sido consultado por gente que quiere aplicar la técnica. Ahora, veo que la más reciente investigación sobre Manrique de Lara ha sido importante si quieres para un pequeño universo de usuarios, los de nuestra propia profesión que se quieren informar sobre su historia. Este tipo de investigación, digo, la de carácter histórico, también contribuye a reforzar la identidad de nuestro gremio, de nuestros estudiantes. He sabido que mis materiales relativos a las aportaciones de Manrique de Lara han sido utilizados por algunos profesores del posgrado. Por otra parte ha despertado interés en este tipo de investigación, precisamente hace unos días me habló una persona que se quiere inscribir al doctorado, una bibliotecóloga, archivera y demás, para pedirme que la guíe en el planteamiento de un proyecto de doctorado sobre María Teresa Chávez Campomanes. Le acabo de prestar mi tesis de maestría y de doctorado porque considero le puede servir, no para que repita mi enfoque, sino para que se inspire y me supere con creces, ¿no? Así que pienso que el ámbito de mis investigaciones es el de la formación de los bibliotecólogos, pudiendo ser desde simplemente una lectura para ellos de manera que se enteren qué ha sido y quiénes han impulsado la Bibliotecología mexicana. Entonces creo que ahí ha estado el impacto de mi trabajo en Historia de la Bibliotecología.

¿Cuáles considera sus logros o aportaciones más significativos al CUIB?

Mira, aunque estos no se pueden plasmar así en cuestiones tan tangibles, concretas, considero importante mi compromiso con mi Centro.

La UNAM es una institución muy generosa, es extraordinaria, es una alma máter única. Entonces mi compromiso con ella se manifiesta a través de dedicarme a mi Centro. Aprecio que se plasma en todo lo que hago, en mi vida cotidiana como investigadora, como docente; en investigación cuando escribo un artículo, en docencia cuando imparto cátedra... En algún momento hubo la oportunidad de ser la Secretaria Académica del Centro, como tal me comprometí con el impulso al trabajo de investigación. Procuré apoyar a mis compañeros a partir de dicha responsabilidad. Cuando llego a la Secretaría Académica se resuelve un apoyo que había solicitado un año atrás para una visita académica a España. Éste se me otorga en tal encargo. Aprovechando esta oportunidad decido promover en las universidades de Madrid nuestro Centro. Llené la maleta con nuestras publicaciones, desde la revista hasta obras que me parecían novedosas como *Un mundo un poco visible* de Ramiro Lafuente. Consideré que nuestro trabajo debía conocerse más en España. Estando allá busqué ponerme en contacto con escuelas de bibliotecarios, de Bibliotecología, Documentación, como ellos le llaman. Desde el CUIB teníamos la inquietud de que se abriera el doctorado en Bibliotecología obviamente en la Facultad de Filosofía y Letras. Con miras a lograrlo considerábamos necesario, por eso y por nuestro propio quehacer, que los investigadores del CUIB que contaban ya con maestría o con estos estudios, cursaran cuanto antes y obtuvieran ellos mismos el grado de doctor, entre otras cosas para que nuestro doctorado, el de la FFyL, fuera posible; por otra parte, era importantísimo e indispensable que nuestra planta académica lo obtuviera.

Así que cuando llego a España, a Madrid, me propongo entrar en comunicación con los directivos del Tercer Ciclo en Documentación, es decir, del doctorado en Bibliotecología. Afortunadamente conté para ello con la ayuda de una mujer que tiene un liderazgo en España, y que conoce muy bien el ámbito español de la Bibliotecología, de las editoriales: la doctora Emilia Curras. Entonces le pido a ella, quien amablemente me atiende, si puede ayudarme a encontrar a las personas clave de las escuelas de Documentación, le expreso que deseo visitar a los Directores de las escuelas de bibliotecarios porque quiero mostrarles nuestra producción bibliográfica y hemerográfica,

invitarlos a participar en nuestra revista y buscar las conexiones que en un futuro próximo nos permitieran encontrar el doctorado que estábamos buscando para nuestro propio personal. Con una gran generosidad sacó su libreta de direcciones y me empezó a remitir con los Directores, amigos suyos, de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Escuela de la Diplomatura en Documentación, etcétera. Para lo relativo a los estudios del Tercer Ciclo me remitió al Departamento de Documentación de la Facultad de Estudios de la Información de la Universidad Complutense, también a la Universidad Carlos III. Asimismo me conectó con el Consejo de Ciencia y Tecnología y con algunas editoriales. Ella misma me concertó algunas citas o me indicó con quién pedir las, me autorizó a presentarme en su nombre, me indicó cómo llegar a todos esos lados; para cada lugar me dio las rutas de camiones, metro, etcétera, que debía tomar; todo. O sea, yo no tenía por qué perderme. Pues ahí me tienes, haciendo paquetes de publicaciones para presentarme en cada lugar y solicitar tanto artículos para nuestra revista como para plantearles nuestro deseo del posible doctorado para los investigadores del CUIB. De esta manera fui presentando al CUIB, sus publicaciones, sus especialistas –mis compañeros investigadores–, informándome de sus pares, de sus publicaciones. Esto me permitió traer a mi regreso artículos para dictamen, publicaciones y plantear a la dirección del CUIB algunas posibilidades de relaciones y también para el doctorado que buscábamos para nuestro Centro. Me facilitó conocer a catedráticos que “conocía” por sus publicaciones pero a quienes no asociaba con caras ni con personas concretas. Algunos de nuestros colegas españoles no nos conocían –quiero decir al CUIB–, otros ya tenían algún antecedente de algún investigador. Todo ello ayudó a estrechar las relaciones del CUIB con el medio académico de la Documentación española. Este vínculo persiste.

¿Y al llegar aquí cómo sirvió todo?

Mira, antes, en la administración de la doctora Morales, había realizado con nosotros una estancia de investigación un documentalista de Granada pero la relación que en aquel momento se trabajó más fue con América Latina. Entonces llegué y le comenté a Elsa Ramírez, Di-

rectora del CUIB, lo que había hecho, lo que había logrado y lo que yo pensaba era posible si fomentábamos también esta relación y en especial un análisis para decidirnos por el doctorado de la Complutense, y también la posibilidad de hacerlo en la Universidad Carlos III. Elsa regresaba de Brasil y me comentó que había conocido a Mercedes Caridad, la principal de la Escuela de Documentación en la Carlos III. Pronto se presentó la oportunidad de dar seguimiento en el CUIB al Encuentro de Profesores e Investigadores al que Elsa había asistido en Belo Horizonte, Brasil, y con ello la oportunidad de traer a importantes docentes de Hispanoamérica y con ello a algunos españoles. A partir de este Encuentro se fue definiendo mejor la posibilidad de un doctorado para los investigadores del CUIB, dictado por una universidad española en México y conforme a nuestro interés de formación. Finalmente este reto fue aceptado por la Universidad Complutense de Madrid. Se inició la negociación con el doctor José López Yepes. Me tocó colaborar y trabajar en el convenio correspondiente. Para nosotros era importante que los cursos de doctorado se impartieran en México y que las asesorías presenciales se llevaran a efecto en lo posible en el propio CUIB. Este planteamiento fue finalmente enviado a la Universidad Complutense. Para el CUIB era conveniente y más redituable desde el punto de vista económico y no sólo esto, sino que permitía que no se quedara vacío ni bajara la actividad académica. Para la obtención de las candidaturas, es decir para que fuésemos candidatos a doctores, el doctor López Yepes organizó en la Universidad Complutense un seminario donde tanto doctorantes españoles como nosotros los mexicanos expusimos y defendimos en Seminarios Temáticos los avances de nuestras investigaciones doctorales. Éstos fueron el primer encuentro que el grupo de doctorantes del CUIB tuvo tanto con la universidad en que obtendríamos el grado de doctor como con nuestros pares estudiantes, y algo muy importante, fueron la simiente del Seminario Hispano Mexicano que por tercera vez se ha celebrado en 2006, esta última en las instalaciones del CUIB. Para mí esta relación ha rendido frutos mutuos formales y evaluables, como son diez doctores graduados en universidades de España. También se puede señalar que ha tenido otros que tienen que ver con la amistad, con que el CUIB sea elegido para estancias de

investigación por españoles, etcétera, etcétera. Haber servido al Centro desde la Secretaría Académica me ayudó a conocer otros aspectos de mí misma, de mis compañeros, a ver a la UNAM desde otro lugar, contemplar nuestro campo de investigación en el concierto por ejemplo de la Coordinación de Humanidades, del respectivo Consejo Técnico, todo eso ha sido para mí una oportunidad maravillosa. Recientemente me inserté como profesora del posgrado con una materia que se llama Los Archivos en la Investigación Bibliotecológica, porque fíjate, curiosamente, te decía que la Escuela de Bibliotecarios, la primera, de 1916, se denominó Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros, y ahora al estudiarla tengo que echar mano de archivos para consultar fuentes inéditas que nos hablen de su origen.

¿Cuáles considera que son los retos más importantes para el CUIB en los próximos años?

Considero que uno está en cómo acercar más a la sociedad la investigación que hacemos. Puede ser con la propia formación de bibliotecarios, ellos que luego van y multiplican conocimientos, aptitudes y actitudes que les transmitimos en las aulas, y actitudes ante este mundo de la información documental. Creo que desde ahí, desde ese pequeño mundo de la formación de bibliotecarios, podemos trabajar mejor, pues luego se colocan en instituciones de todo tipo. El trabajo del CUIB también está en buscar, en las instancias que corresponda, que el bibliotecario profesional se ubique en las bibliotecas públicas donde son tan necesarios, ahí donde hoy sirven a gente que no tiene idea de la importancia de la información y de ésta en la formación del ciudadano mexicano. Este tipo de biblioteca es en mi opinión una célula social importante, fundamental, como lo es la familia para la sociedad. Entonces siento que debemos acercar más la investigación a nuestra sociedad, que la sociedad que nos paga a través de la UNAM, reciba de nosotros algo más concreto y útil. Por eso considero que ello es un reto importantísimo para el CUIB. Otro es mantener y mejorar su lugar como un centro de creación de conocimientos en su campo, como el centro de investigación que es. Hacer en esta sociedad de escenarios tan cambiantes aportes útiles no sólo al presente sino a ese futuro incierto. También me parece que el CUIB en sí

mismo y mediante el posgrado debe consolidar la formación para el trabajo en archivos. Quisiera enfocarme y de hecho he presentado una ponencia para trabajar algo de archivos en consonancia con la Ley de Transparencia. Propongo trabajar en el ciclo vital de los archivos de investigación de la propia UNAM y de las instituciones de enseñanza superior. Otra idea es trabajar más en mantener esa conciencia y actitud de grupo entre los académicos del Centro.

¿Había más unidad en la fase inicial del CUIB?

Me parece que sí y por lo que al respecto he expuesto me parece que eso tuvo que ver con consolidar al CUIB. Hoy esto ya no es exactamente el reto y la alta exigencia y diversidad de actividades para cada investigador es otra variable. Pero considero que vale la pena trabajar más en esto.

¿Algo que desee agregar?

Pues sólo de veras agradecer este espacio, y la oportunidad de expresar mis preocupaciones y exponer algo de lo que para mí ha sido y es importante. No sé si fui yo o tus preguntas, las que me regresaron a un pasado entrañable lleno de promesas, muchas de las cuales se han cumplido y otras ¿estarán por hacerlo? ¿Se superarán las expectativas? ¿Se alcanzará lo que apenas imaginamos? Serán el tiempo y los actores quienes respondan.



ROBERTO GARDUÑO VERA
Investigador fundador del CUIB

¿Cómo surge su interés por la Bibliotecología?

Bueno, pues remontándonos a la “prehistoria”, lo que recuerdo es que cuando estuve haciendo la preparatoria, que fue en la preparatoria Bertrand Russell, salió una convocatoria en la que invitaban a alumnos de cuarto semestre a participar en la biblioteca y me pareció muy interesante y es lo que me hizo llegar a esa biblioteca, que era una biblioteca muy pequeña, sin embargo tenía una organización muy interesante debido a que trabajaba en ella una bibliotecaria, de nivel técnico, egresada de la ENBA; me fui adentrando primero a los servicios, ayudaba también a intercalar en los estantes aquellos libros que eran prestados; me gustó muchísimo la socialización con los usuarios y, posteriormente, le pregunté a esta colega que si se estudiaba para ser bibliotecario y me dijo que si, que ella era bibliotecaria técnica de la ENBA y le pregunté sobre lo que se requería para hacer ese nivel técnico, a lo que respondió que se requería tener la secundaria y presentar un examen de conocimientos. Para ese entonces ya estaba en segundo de prepa, me interesé por esa situación, por ese comentario y después indagué en la ENBA, que por cierto estaba en la colonia Roma, en la calle de Tabasco esquina con Insurgentes, era una casa hermosa, muy antigua. Me informaron que esto era terminando la secundaria, pero bueno yo ya tenía algunos años de prepa, hice el examen, ingresé al nivel técnico, porque obviamente no tenía la prepa terminada, para ingresar al siguiente nivel que en esa época era maestría en Biblioteconomía. Me inscribí, pasé el examen por fortuna, me adentré ya a las materias específicas de esta carrera, me fui enamorando de todo ello, continué ayudando

en la preparatoria en la pequeña biblioteca, y prácticamente esos fueron los inicios para integrarme a esta profesión.

Estos años de escuela, iniciación a la Bibliotecología, fueron el preámbulo del ingreso al CUIB, ¿hay algún momento que nos permita conocer su formación entre este periodo de inicio y la incorporación de lleno al Centro?

Si, de hecho terminé el nivel técnico en Biblioteconomía, posteriormente me inscribí a la maestría en Biblioteconomía, también la terminé; en esa época tuve la oportunidad de obtener un puesto en el Instituto Tecnológico Autónomo de México, ya concretamente en la biblioteca, particularmente como jefe de servicios al público; posteriormente, tuve un trabajo muy interesante en el CONACyT, en lo que llamaban “Centro de documentación” pero que prácticamente era una biblioteca, muy especializada por cierto, posterior a ello trabajé en la Biblioteca de la H. Cámara de Diputados en donde la doctora Estela Morales Campos era Directora, después de esto la doctora pasó a ser Subdirectora de la Dirección General de Bibliotecas y en esa época me invita a colaborar con ellos en un proyecto muy novedoso, de innovación totalmente, tanto tecnológica como bibliotecológica, que fue el proyecto *LIBRUNAM*. Actualmente todavía funciona, obviamente en otra plataforma, pero prácticamente se inició en la época del doctor Rodríguez Gallardo, Margarita Almada, Estela Morales, en este proyecto me encargué de los aspectos bibliotecológicos, la asesora general era la doctora Morales y el trabajo tecnológico lo hacían Charlotte Bronsoiler y su equipo. Todo esto me dio una situación de conocimiento para que en su momento se convocara a una plaza de investigación en la propia Dirección General de Bibliotecas que, de hecho, es el inicio del CUIB, porque la raíz completa la tiene, desde mi punto de vista, en la DGB, donde era un departamento de investigación dirigido por el doctor Adolfo Rodríguez Gallardo; entonces se genera una plaza a concurso, afortunadamente la obtuve y es ahí donde me incorporo a la investigación bibliotecológica propiamente. Para esto yo estaba trabajando como técnico académico antes de obtener esta plaza por concurso.

Este nombramiento ¿qué significado tuvo a nivel académico, a nivel profesional, para su carrera?

Significó un cambio muy fuerte entre la actividad dedicada a los servicios, entre la actividad de procesar libros, principalmente, entre la actividad de interactuar con el proyecto *LIBRUNAM*, que seguían siendo aspectos académicos pero netamente aplicados, aunque con un sustento teórico importante que tanto los de Bibliotecología como los de tecnología deberíamos entender plenamente para tratar de entender un lenguaje común y hacer un buen proyecto. Bien, en este sentido cuando yo me incorporo a la investigación, repito, fue un cambio muy fuerte porque me di cuenta que la investigación bibliotecológica requería de mayores aspectos teóricos para realmente lograr sustentos que en su momento se llevaran a la práctica, porque podrías quedarte a nivel teórico y era sumamente válido si de alguna forma proponías una nueva teoría o una nueva metodología, etcétera, que pudiese enriquecer el cuerpo de conocimientos de la propia disciplina, en ese sentido fue mi *shock* académico en el que efectivamente hubo un cambio radical, lo cual me exigió una mayor preparación profesional.

Y la investigación que comienza en el CUIB...

Percibí muy pronto que el CUIB en el corto plazo, a pesar de ser muy pocos investigadores, iba a ser muy importante no solamente para nuestra Universidad, sino también, en principio para América Latina y el Caribe, nuestra expectativa era la de saber que debíamos estar mucho más preparados académicamente hablando, en metodología, tener vínculos inter-investigadores, tratar de abordar investigaciones colectivas y esto realmente hablaba de algo no tan preciso como ahora, en cuanto a aspectos académicos investigativos, sin embargo, la proyección del CUIB, que se vio durante los primeros años, era muy evidente.

Platiquenos sobre los primeros años del CUIB: ¿Cómo fueron en San Ildefonso?

Me tocaste una fibra fuerte, pues en San Ildefonso todos los años eran muy intensos, eran muy bonitos; éramos un grupo de investiga-

dores, de técnicos académicos, de personal administrativo reducido, pero había mucha convivencia, había mucha comunión y creo que todos estábamos ciertos de que estábamos trabajando para un proyecto que iba tener la trascendencia que en la actualidad tiene y que, bueno, puede tener mucho más. No solamente recuerdo esa vida con mis colegas y mis compañeros técnicos académicos y administrativos sino también el hermoso recinto que te invitaba a meditar de tal forma que las horas se pasaban, muy rápido, sin sentir, varios investigadores nos quedábamos hasta deshoras de la noche trabajando hasta que prácticamente nos corría el vigilante. Nos decía: “se pueden quedar, pero haber si no se les aparece un monje, o haber qué sucede”. Entonces lo recuerdo con mucho cariño, con mucho afecto. El trabajo era sumamente intenso y a todos nos importaba que el CUIB se proyectara muy pronto.

En este mundo de soledad, mirada interna, silencio, también se van delineando los intereses personales, ¿cómo define su línea de investigación?

Mi línea de investigación se define no solamente de manera personal, sino también bajo una discusión colegiada y se analiza la posibilidad de que lo que había trabajado para el sistema *LIBRUNAM* –que ya para esa época era el sistema *LIBRUNAM* y que había trascendido a toda América Latina– se le diera continuidad, además de que había trabajado una temporada en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos con la propia madre del formato MARC, la doctora Avram que fue la que realmente me enseñó a entender de manera teórica y profunda las estructuras y avances de este formato en la automatización de bibliotecas. Esto se llevó a una discusión colegiada, sin embargo, convenía abrir la situación a aspectos mucho más teóricos y concretamente se abre un gran tema que es el Control Bibliográfico Universal y en este se inserta prácticamente una investigación profunda sobre el formato MARC, de hecho recuerdo que estos dos parámetros de investigación se ubicaron en el área de investigación, que se denominaba, “Investigación sobre la Información Documental”, entonces, en ese tenor estuvo la situación, se conjunta el conocimiento adquirido desde la DGB a través de *LIBRUNAM*, porque

LIBRUNAM se trabajó desde un principio con estructuras formato MARC y se lleva a la investigación esta experiencia abriéndola hacia el Control Bibliográfico Universal.

¿Cuáles son los problemas, los impedimentos, aquellas situaciones no pensadas que hay que resolver?

Pues había impedimentos particularmente de formación, porque me di cuenta que la investigación de alto nivel exigía una mayor preparación. Mucho más lectura, mucho más análisis de las fuentes y evidentemente eso te lleva a una reflexión a otros niveles, entonces los impedimentos son prácticamente personales, y es por esto que en el CUIB se procuraba que los investigadores continuáramos nuestra formación y de hecho teníamos mucho apoyo de las direcciones.

¿Nunca fue la infraestructura un problema?

No, desde mi punto de vista no, porque en el edificio hermosísimo de San Ildefonso, en el cubículo que tenía, prácticamente, podía hasta patinar. El impedimento concreto que yo tenía era en términos de cómputo, yo requería trabajar una parte importante de la investigación en computadora y en esa época teníamos muy poquitas, además la propia tecnología se iniciaba, tenía muchísimas fallas esto no era lo que se requería en este instante para trabajar una investigación de alto nivel.

¿Cómo era el trabajo en equipo? ¿cómo fueron esos primeros años para los investigadores?

Pues teníamos lo que todavía ahora se denomina Seminario de Investigación donde discutíamos la investigación nueva que se estaba proponiendo o los avances de las investigaciones en proceso y, en ese sentido, esta socialización de la investigación siempre fue muy rica, muy amena, al término de cada seminario había una convivencia muy afable y, naturalmente, las observaciones de los colegas eran sumamente ricas y en eso estribaba esta vida colegiada que llevábamos internamente.

¿Cómo impacta el proyecto personal dentro y fuera del Centro?

Bueno, hacia dentro es muy sencillo de contestar, para mi la investigación es mi forma de vida, hacia fuera es un reto y una responsabilidad de que los productos de la propia investigación lleguen hacia otras fronteras, prácticamente, esto sería en una respuesta muy breve.

Su trabajo actual, reconocido a nivel internacional, desarrolla temas sobre Educación a Distancia o Pedagogía Virtual, ¿cómo ha sido para usted esta transformación de la docencia?

Antes de contestar esto permíteme mencionarte algunos resultados de la investigación desarrollada con anterioridad intitulada Control Bibliográfico Universal particularmente una fuerte carga hacia el formato MARC que en la actualidad se ha transformado en el formato MARC 21. Esta investigación tuvo una trascendencia en la docencia sumamente fuerte, verdaderamente, creo que sin presumir, extremadamente fuerte, y no solo en las escuelas de Bibliotecología de México, sino en las escuelas de América Latina porque al Centro le solicitaban muchísimos cursos respecto a estructuras MARC y en ese sentido yo tenía que atenderlas, llegó un instante en que consideré oportuno tratar de formar a algunos alumnos que por fortuna ahora son los que se hacen cargo de impartir estas materias y lo hacen sumamente bien y pues ahí hay una trascendencia importante en cuanto a un tema muy viejo pero que sigue siendo muy nuevo, al final de cuentas hay una formación de un grupo interesante, importante, que ya cubre ese requerimiento en la docencia; yo a veces trato de acercarme a mis ex-alumnos y les pregunto cómo les ha ido con sus cursos, etcétera y lo que me dicen me satisface plenamente porque significa que ellos entendieron los contextos teóricos, estructurales y aplicados de este formato y la importancia que tiene en la actualidad para generar bases de datos bibliográficas, para generar catálogos bibliográficos en línea, y más recientemente, para generar metadatos. Con relación a la investigación sobre educación a distancia: esto como podrás observar es como dar un paso de aquí por todo el campus universitario, me voy digamos del Control Bibliográfico Universal hasta otra línea que es la Educación a Distancia, esta línea de investigación a distancia me interesó sobremanera debido a que noté que, no obstante ya estaba cubierto lo denomi-

nado Control Bibliográfico Universal y formato MARC o formato MARC 21. La educación a distancia estaba teniendo ya hace seis o siete años una importancia fundamental en nuestro campo de acción y sentí que el Centro estaba desprovisto de este trabajo. En la época en que Elsa Ramírez era la Directora, le propuse abordar esta línea de investigación, hubo muchas discusiones, a veces muy álgidas, a veces como de no creer en este modelo, etcétera, pero finalmente hubo una gran apertura en el sentido de decir “bueno, ya nos has mostrado que efectivamente es una campo que es importante atender y en consecuencia a ver qué nos presentan de aquí a un tiempo determinado”, así fue tomando forma esta investigación de tal suerte que cuando tuve la oportunidad de inscribirme en el Programa de Doctorado en la Complutense de Madrid fue el tema que propuse para tesis doctoral y no se me puso ningún pero. A esta Universidad también le interesaban la nuevas propuestas de investigación, temáticamente hablando; ya tengo algunos años en esta línea de investigación, la que considero tiene un futuro impresionante porque aunque atañe a todas las disciplinas desde mi punto de vista, en la actualidad muchas de ellas han incidido en ella pero faltan otras más y esta temática es inagotable; aparte de los desarrollos tecnológicos, los avances científicos le van incorporando otros ingredientes, otras teorías metodológicas a todo este modelo de educación a distancia, de tal manera que su avance es hacia la educación virtual, hacia la educación en línea, hacia el e-learning y todo esto amerita varias investigaciones, el porqué tantas denominaciones...

¿Es la formación de un nuevo lenguaje común?

Efectivamente, es por esto, creo, que esta investigación sobre educación a distancia, virtual, educación en línea, como quieras denominarle, en el Centro es importante y ojalá que después de que me jubile se continúe; creo que sí se podrá continuar porque también he tratado de incidir en mis alumnos, sobre todo de maestría, en que se interesen por esta temática, porque, al final de cuentas, todos somos sustituibles, y seguramente alguno de mis alumnos en su momento continuará esta línea de investigación como varios de mis alumnos

que continuaron con la temática de Control Bibliográfico Universal y MARC 21.

Sin embargo, es imposible no observar que en esta línea de continuidades y de creación de líneas de investigación hay aportes personales: ¿Cuáles son los suyos al CUIB?

Pues los aportes que considero he logrado gracias al CUIB, al apoyo que he tenido naturalmente, pues se materializan en libros, en artículos, en ponencias, en conferencias, en cursos, principalmente de posgrado y en colaboración en algunos cuerpos colegiados especializados. Todo esto ha sido gracias a la insistencia por continuar esta línea de investigación, y claro, también gracias al apoyo del Director en turno, he tenido apoyos importantes tanto de Elsa Ramírez como del actual Director, el doctor Martínez Arellano, por ello estoy fascinado con este tema, creo que es un tema inacabado, que da para mucho y que además puede investigarse con distintas miradas, pero lo más importante es que en su momento esa miradas pueden ser teóricas, metodológicas, que de alguna manera enriquezcan a la propia investigación y también le den visibilidad a nuestro Centro.

Es importante mirar al CUIB como un mosaico en donde se han dado diversos procesos en cuanto a líneas de investigación. Desde su punto de vista, ¿cuáles son los retos colectivos del Centro?

¡Guau! Yo pienso que a lo mejor voy a presumir un tanto, pero yo veo que el CUIB ha consolidado muchísimo la investigación en el campo, y lo digo porque tiene reconocimiento en Iberoamérica, y es un reconocimiento real, porque cuando nos presentamos los investigadores, y creo que no solamente debo hablar de mi, o técnicos académicos en algunos foros internacionales, simplemente al decir CUIB, no necesito decir Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, simplemente al nombrarlo se hace alusión a los aportes que están siendo utilizados, ya sea para generar nuevas investigaciones o como apoyo a la docencia, en ese sentido, yo veo al CUIB, en un futuro cercano, como Instituto de investigación, creo que tiene todo para tener ese lugar, para tener ese estatus, para ello se requeriría analizar la estructura

investigativa, volver a definir las áreas de investigación, incidir en la preparación de los investigadores para alcanzar un mayor nivel. Como la mayoría ya tiene doctorado, creo que se podría pensar en ir conduciéndolos a una movilidad que les permita tener posdoctorados. Otro aspecto importante sería fortalecer el Programa de Jóvenes a la Investigación, pero repito, yo veo al CUIB en el corto plazo como Instituto, ese sería el sueño de todos los investigadores.

Un consejo para un estudiante de Bibliotecología sería...

Que esté seguro que la investigación va a ser parte de su vida, si no es que su forma de vida, que realmente tenga la intencionalidad de formarse hasta donde ya no pueda más, obteniendo maestría, doctorado, posdoctorado, etcétera. Que tenga la capacidad de interactuar colegidamente y, obviamente, una apertura para discusiones académicas, que no siempre son para “echar porras” sino que, en muchas ocasiones, son para proponer verdades que en su momento pueden enriquecer a la propia investigación. Tendría muchísimo qué aconsejarle, pero el consejo primordial sería el que esté seguro que la investigación bibliotecológica puede ser su forma de vida.



OFELIA SOLÍS VALDESPINO
Investigadora fundadora del CUIB

¿Cómo fue su incorporación al CUIB?

Trabajaba en la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM, en la Subdirección Académica Bibliotecaria como investigadora. Cuando se creó el CUIB, la doctora Estela Morales me invitó a formar parte de éste y manifestó su comprensión y respeto en caso de que yo decidiera continuar en la DGB. Esto lo valoro todavía. Supe enseguida cuál era mi lugar, mi “hogar profesional”.

¿Por qué eligió el CUIB?

Porque estaba aprendiendo a investigar y ellos eran mis maestros. Además estaba el reto de iniciar algo del todo nuevo en el país: investigación bibliotecológica de tiempo completo. No me lo iba a perder.

¿Cuál era la percepción que se tenía del CUIB en ese entonces entre los investigadores?

Pues de que había que construirlo; ya estaba autorizado a existir, ahora debíamos darle vida académica intensa y fructífera.

¿Qué reto significó para usted haberse incorporado a un centro de investigaciones?

Aprender: a investigar investigando, estudiando todos los días, a observar, a reflexionar, a escribir, a someter mis avances al grupo de investigadores y aceptar las deficiencias de mi trabajo y las sugerencias para mejorarlo, a aceptar que puedo tener ideas originales y a exponerlas con claridad y humildad, a analizar objetivamente los trabajos de mis compañeros para contribuir con una actitud positiva a mejorarlos, a preparar cursos de actualización para colegas bibliotecarios,

a organizar mesas redondas, a dictar conferencias, etcétera. En fin, a vivir de forma cotidiana una intensa actividad académica. Desde luego hubo días en que esto fue difícil y en algunas ocasiones hasta frustrante, como cuando un concepto sobre el que se trabaja no termina por consolidarse; por fortuna también nos integramos como un grupo solidario, lo cual ayudó en definitiva a los logros académicos del CUIB y generó afectos que todavía perviven pese a la distancia y el tiempo.

¿Qué línea de investigación, temática o proyecto desarrolló?

Trabajé sobre las Reglas de Catalogación Angloamericanas. Con el tiempo, Roberto Abell B. y Mary Garza (†), quienes se ocupaban de esquemas de la Clasificación de la Library of Congress, y yo, oficializamos después de varios meses de reflexión el área de Organización Bibliográfica porque nos dimos cuenta de que los “Procesos Técnicos” tienen dos vertientes: una de actividad sobre el objeto libro, o mejor dicho el “soporte informativo”, y la otra, que demanda atención, reflexión, análisis y síntesis sobre la información contenida en él y da como resultado la descripción catalográfica, la asignación de epígrafes y la ubicación del tema principal dentro de un esquema de clasificación, es un proceso intelectual.

¿Cuáles fueron los principales retos académicos y de organización que el CUIB enfrentó en sus inicios?

Considero que formarnos como investigadores sobre la práctica cotidiana.

¿Cómo caracteriza usted la vida académica del CUIB al iniciar la vida institucional del Centro?

Muy interesante, retadora, entusiasta, enriquecedora.

¿Cómo era el trabajo colegiado y de formación de los investigadores en los primeros años del Centro?

Interesante y difícil porque nos demandaba gran capacidad de aprendizaje, análisis, expresión de ideas, y dejar a un lado las emociones para ganar en objetividad e ir logrando calidad en las diferentes acti-

vidades. Los ojos de toda la comunidad bibliotecaria estaban sobre nosotros y no podíamos permitirnos fallar.

¿Cuáles eran sus expectativas cuando se incorporó al CUIB?

Aprender a investigar, a escribir, a mejorar como docente. Consideré todo un privilegio formar parte del grupo pionero de la investigación bibliotecológica en América Latina. Procuré estar a la altura del reto, con todo y los días difíciles, porque representaron crecimiento profesional y personal.

¿El CUIB cumplió sus expectativas?

Sí, definitivamente.

¿Cuáles eran los principales problemas de infraestructura para realizar su investigación?

En mi caso, quizá conseguir alguna literatura extranjera.

¿Cómo caracteriza el tipo de investigación que hizo en estos años?

Básica, fundamental para construir sobre ésta el cuerpo teórico de la profesión bibliotecológica.

¿Cuáles eran sus productos de investigación y cuál fue su impacto?

Artículos, un libro, cursos. Espero haber ayudado a los catalogadores a comprender y aplicar las RCA-2.

¿Cómo relacionaba la investigación que realizaba con la docencia?

Impartiendo cursos basados en los avances de la investigación y en temas adyacentes.

¿Qué asignaturas impartía? ¿Qué temas de tesis trabajaban sus estudiantes?

Aplicación del capítulo 22 de las RCA-2. No había estudiantes interesados en este tema.

¿Cuáles considera que son los logros más importantes del CUIB después de 25 años?

Consolidar el cuerpo teórico de la Bibliotecología, incidir en la calidad de la formación profesional de las nuevas generaciones, elevar el nivel profesional de las tareas bibliotecológicas, formar investigadores.

¿De qué manera repercutió su experiencia en el CUIB en su vida académica posterior?

Aunque me retiré de la investigación, quedé habituada a ver el todo y sus componentes, a examinarlos, y a proponer mejoras en el servicio bibliotecario y en la organización bibliográfica.



MARÍA TRINIDAD ROMÁN HAZA
Investigadora fundadora del CUIB

Trabajaba como Jefa del Departamento de Planeación de la Dirección General de Bibliotecas, en 1976, cuando el maestro Adolfo Rodríguez Gallardo, Director de esa dependencia, señalaba la conveniencia de iniciar investigación bibliotecológica para tener un espacio de reflexión, problematización e indagación de nuestra actividad.

Ciertamente necesitábamos mediante la investigación rigurosa dar fundamento a muchas de las prácticas que se realizaban, para no quedarnos en una actividad que pareciera sólo de aplicación de técnicas.

Después de una intensa labor de fundamentación y convencimiento del maestro Rodríguez Gallardo con las autoridades de Rectoría, logra que se acepten plazas de investigación, pero las van otorgando muy poco a poco. Es así como en 1977 concursé por la tercera plaza de investigación, con un estudio comparativo de usuarios.

Para 1981 el grupo académico de la Dirección General de Bibliotecas ya era más grande y también empezaba a cimentarse una infraestructura incipiente al reunirnos con cierta regularidad para exponer los avances de nuestro trabajo académico y enriquecerlo con las opiniones del grupo. Es en ese momento cuando el doctor Octavio Rivero es nombrado rector de la UNAM y cambia a la autoridad de la DGB. Todo esto contribuyó a evidenciar la necesidad de un centro de investigación independiente.

Poco tiempo después, el 14 de diciembre de 1981, se crea el Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB) con el maestro Adolfo Rodríguez Gallardo como director, y nos ubican en el bellissimo edificio de San Ildefonso, al interior del cual reinaba un ambiente de quietud que facilitaba la reflexión y el estudio.

En el nuevo Centro nos ofrecieron a todos los investigadores oportunidades para tomar cursos y seminarios de metodología de la investigación desde diferentes enfoques, como el positivista, el materialista dialéctico, los métodos cuantitativos y cualitativos, y otros aspectos de la investigación como cursos de Estadística, Hermenéutica, y diseño de cuestionarios para encuestas de investigación, entre otros.

Aunque en un principio me inicié en la investigación con un estudio de usuarios, la problemática que me pareció más de fondo y prioritaria de atender fue la formación de lectores, pues sin ellos la biblioteca no tiene razón de ser.

Convencida de que leer es una herramienta invaluable para el ser humano, que contribuye de manera incalculable en la construcción de la persona pues es un instrumento de educación, expresión, transformación, información, diversión y más, y de que no leer es una forma de alienación y marginación que lleva a la dependencia, me adentré en el tema de la lectura, partiendo de que diversos estudios consideraban que la mayoría de las personas no leen ni les gusta hacerlo. Tampoco dentro del ámbito estudiantil se lee. Un alto porcentaje de estudiantes leen lo estrictamente necesario para sus clases pero no surge en todos ellos el deseo de leer y continuar haciéndolo a lo largo de la vida.

De manera que el reto más grave por enfrentar era la ausencia del gusto por leer. Así que estimé que había que plantearse el problema de por qué a algunas personas les agrada leer y a otras no: ¿qué es lo que determina su inclinación? ¿Cuáles son los impulsores o disparadores del gusto por leer y cuáles sus inhibidores?

Con esto y mucho más en mente, ubiqué mi línea de investigación en la lectura. En lo específico me interesó el comportamiento lector, y consideré que el meollo del problema se centraba en la parte psicológica de la conducta lectora. Además, a la luz de la psicología el hombre, más que un animal racional, es un animal emocional. Así que en su conducta es necesario analizar la influencia de los factores afectivos, ya que éstos, al permear nuestras vivencias, no sólo dan dirección a nuestra conducta, sino que aparte son responsables de nuestras inclinaciones o aversiones y también lo son en gran medida del éxito o fracaso de las mismas.

Cabe señalar que hasta entonces los proyectos de formación de lectores no se fundamentaban en estudios sobre teorías psicológicas o por lo menos no lo mencionaban.

Es así como inicié investigaciones sobre la conducta lectora y también me inscribí en la maestría en Desarrollo Humano (el cual pertenece a la Psicología Humanista, en específico a la corriente centrada en la Persona); también tomé algunos cursos, seminarios y talleres sobre la problemática de la lectura, y participé en congresos y conferencias nacionales y extranjeros de Lectura y de Psicología.

Sobre la base de los avances de mi investigación, mis estudios de maestría y otras experiencias académicas, organicé seminarios, mesas redondas, encuentros, cursos, talleres, a la par que iba redactando capítulos de libros y artículos que se publicaron en México y en el extranjero, así como presentando ponencias en foros nacionales e internacionales. Impartí asesorías y participé como jurado calificador y dictaminador en algunas ocasiones.

Me asomé también al campo de la Sociología y realicé algún trabajo y actividades relacionadas con esta área y con la lectura denominada “chatarra”, pues me interesaba saber qué había en las historietas y fonovelas que venden cada quincena tirajes formidables de fascículos, los cuales ni siquiera los best sellers pueden remotamente igualar.

Si bien me enfoqué en primer lugar en el estudio de la conducta lectora en adultos principalmente y en estudiantes de nivel medio superior, en 1992 se me presentó la oportunidad de impartir un taller de lectura a los reclusos de las Islas Marías durante una semana. Esta experiencia me conmovió de manera profunda y decidí continuar acercándome a grupos vulnerables.¹

1 El concepto “vulnerable”, de acuerdo con la Dirección General del DIF (1998), “hace referencia a la situación estructuralmente débil de los sujetos, grupos y familias que por razones de edad, género, carencia de integración familiar, por deficiencias físicas o, por encontrarse en situaciones de precariedad económica, o jurídica, están expuestos a riesgos en su salud, su integridad física y moral, sus derechos, su desarrollo humano, sus oportunidades de vida”.

Aunque estaba consciente de que los libros no eran el factor que los grupos vulnerables requerían con más apremio, la lectura significativa sí podía ser un poderoso instrumento de educación que les ofreciera a estos grupos posibilidades enormes de crecimiento, gratificación, y ser un medio privilegiado para modificar sus destinos y enfrentar las situaciones de exclusión a las que por lo general están sujetos.

Por tanto era importante promover el gusto por la lectura en este sector, así que se requería diseñar programas basados en investigaciones que ayudaran a estos grupos a romper las barreras que obstaculizan el hacer uso de la lectura, pues no debemos permitir que ninguna persona con necesidades o capacidades especiales quede excluida de esta poderosa herramienta de comunicación que contribuye a contrarrestar la desventaja física y social, pues es un instrumento de transformación, crecimiento, autocreación y florecimiento del potencial interno de la persona.

Para acercarme a conocer la problemática de los grupos vulnerables, no sólo por vulnerabilidad social –por ejemplo niños de la calle– sino también física –ciegos y sordomudos– y buscar formas que favorecieran su vinculación con el libro, organicé encuentros y seminarios para, por un lado, procurar espacios de debate con especialistas nacionales e internacionales con el fin de compartir experiencias, integrar distintos enfoques, trabajar en proyectos en cooperación y encontrar nuevas soluciones que beneficiaran y hermanaran a nuestros países, y por otro construir, con base en la realización de investigaciones, caminos que nos llevaran hacia una promoción de la lectura para estas personas.

Fue satisfactorio en particular haber trabajado para los grupos vulnerables pues la relación promoción de la lectura-vulnerabilidad se aborda poco en investigaciones y foros académicos y la considero de trascendencia, ya que de acuerdo con la OMS más de un 10 por ciento de la población, es decir, más de diez millones de personas, tienen alguna discapacidad, y en realidad se piensa poco en las necesidades especiales que presentan para formarse como lectores.

Paralelamente a estas actividades cursé los estudios completos del doctorado en Ciencias de la Información conforme al Programa y con maestros de la Universidad Complutense de Madrid. Asimismo diseñé el programa y material didáctico para impartir la asignatura de Lectura, que por primera vez se ofrecía a los estudiantes de la carrera de Bibliotecología de la UNAM. También participé en varias actividades de difusión y extensión universitaria en radio, prensa y televisión.

Fui miembro de algunos cuerpos colegiados en la UNAM, entre los más significativos como representante del personal académico del CUIB ante el Consejo Técnico de Humanidades de la UNAM por dos periodos diferentes y miembro del Consejo Interno del CUIB por ocho años.

Antes de jubilarme diseñé un diplomado para formar promotores que desarrollaran el gusto por la lectura y escritura en grupos vulnerables tanto por discapacidad física –ciegos, sordos, discapacidad intelectual y hospitalizados– como por desintegración social –niños de la calle, jóvenes recluidos en centros de readaptación y sexoservidoras. Estaba estructurado en cinco módulos con una duración de 180 horas. Por desgracia no pudo llevarse a cabo, pero el diseño quedó definido con todo detalle, incluso con los nombres de los maestros especialistas que habían aceptado impartirlo.

Mi agradecimiento al CUIB es infinito pues me permitió superarme académicamente, realizar investigación y docencia, publicar y desarrollar actividades de difusión académica. Me siento obligada con la UNAM por todo lo que me dio y permitió emprender, y expreso mi reconocimiento a los Directores y colegas del CUIB por cuanto aprendí de ellos. Para finalizar quiero decir que a lo largo de mi trabajo, mi corazón quedó cautivo en el CUIB.